

## En busca del trofeo

Los viajes por el mundo continuaron en Portugal. Esta vez con el camarógrafo Eduardo Gómez y la productora Ana Cristina Peña. Llegamos en pleno verano: Un acelere total, calores insoportables, empresas en vacaciones, chichonera de turistas con mochilas al hombro, y playas y trenes repletos de gente apretujada como sardinas. Sin embargo, la pasamos *deli* haciendo reportajes interesantes sobre el cultivo del corcho, un árbol que demora catorce años para dar su primera corteza; el Santuario de la Virgen de Fátima; la pesca del bacalao; una noche de guitarras, luces y fado; de tour por Estoril, Porto y Setúbal; una corrida a la portuguesa donde está prohibido matar a los toros; Lisboa antigua, el palacio de Belem y el monumento a los descubrimientos.

El Cónsul Alonso Botero Isaza nos sugirió hablar con Sor Teresa Ospina Cárdenas, una octogenaria monja antioqueña que dirigía un ancianato de caridad que era una verdadera tacita de plata; y con Antonio Loreira Ferreira, conocido diseñador de alta costura. Su esposa, la colombiana Clara Currea organizó un desfile de modas en su atelier únicamente para nuestra cámara.

Fuimos de vinos y tapas al mejor restaurante de comida típica de Lisboa, y en la mitad de la fiesta el Señor Morinha, dueño del lugar, se emocionó tanto con el reportaje que le hicimos que terminó entregándonos frente a sus clientes una simpática condecoración: la medalla al *mérito culinario* Casa Alfonsina.

El siguiente tramo fue por la costa del sol, un hermoso paraje de playas, lujosos complejos turísticos y costosas urbanizaciones en el sur de España a donde la mayoría de los jubilados europeos anhelan pasar sus años de retiro. Llegamos a un chalet de estilo colonial propiedad del médico Carlos Rincón Barreto quien nos invitó para que filmáramos otra de sus cirugías de ojos con técnica de radiotomía con bisturí.

Rincón, hombre exitoso deslumbrado con el glamour del jet-set, cobraba diez mil dólares por una operación de cinco minutos, y tenía un pulso único para hacer milimétricas incisiones:

- Si la cago dejo ciego al paciente, comentó en la sala de su casa en Marbella mientras agotaba una botella de chivas.

Carlos andaba rodeado de una corte de hermosas mujeres, admiradores y protegidos a los que ayudaba desinteresadamente; inmigrantes recién llegados, maletillas y novilleros. Uno de ellos: César Rincón.

- Mañana vamos a navegar en mi yate por el Mediterráneo, anunció antes pasar a sus aposentos.

La experiencia fue descrestante. Claro que el yate de Rincón era una lancha en comparación con las tremendas naves de los petroleros y multimillonarios que estaban anclados en la marina de Puerto Banuse.

- Grabe esa con dos helicópteros en la terraza y la blanca al fondo que parece un trasatlántico a escala, ordenó nuestro anfitrión. Aquí la gente viene a mostrar el billete y de verdad que tienen pasta los cabrones, concluyó.

Lo que es la vida: El negocio de Rincón se vino a pique cuando se inventaron las operaciones con rayos Láser. Quince años después en Miami me contó lo arrepentido que estaba de haber botado millones de dólares en parrandas y maricadas.

Marbella como playa fue una decepción: No hay arena, ni amarilla ni blanca, solo sitios repletos de camastros sobre piedra ennegrecida por la lama y tal cual pedazo de arcilla, nada que ver con la belleza del caribe. La ciudad ha hecho un buen trabajo de mercadeo apoyado por las revistas del corazón que venden a Marbella como el destino preferido de las grandes celebridades.

La noche es otra cosa: rumba a la lata, restaurantes a tope, discotecas por doquier, *pushers* haciendo su agosto, damas y damiselas de mala, buena y vida aburrida, tiendas abiertas hasta la madrugada y artistas callejeros pasando el sombrero.

Ana Cristina encarretó al administrador de una señora discoteca y nos dejaron entrar a filmar el concurso anual del mejor culo masculino. Medio millar de mujeres al punto del orgasmo gritaban enloquecidas cuando los candidatos mostraban sus colas por una ventana del tamaño de un televisor de 23 pulgadas. El ambiente y las féminas estaban tan calientes que supuramos sudor de la cabeza a los pies. El ganador nunca mostró la cara, solo el culo, y como sorpresa: el otro lado del cuerpo, lo que desató una puja de manos ansiosas por agarrar el trofeo.

---